

Y levantando su velo
 Y alumbrando dos luceros
 Tan lindos y zalameros,
 Hasta ya más no poder . . .
 Exclamó: "Diga qué quiere,
 "No me tenga por canalla."—
 "Pus . . . por sabido se calla,
 "Mi vida, ¿qué he de querer? . . ."

Yo no sé; pero en el barrio
 De la Iglesia de Vallejo,
 La del gorro y su cortejo
 Se fueron llenos de amor.

Yo cauto saber no quise
 Lo que tiernos se decían,
 Ni indagar á dónde irían . . .
Allá que los juzgue Dios.

FIDEL.

XXVI

Varios amigos. — Otra mirada retrospectiva. — Rectificaciones. — Ferrocarriles urbanos. — Los carritos que andan solos.

ENTRE las personas á quienes merecí servicios y consideraciones, debo mencionar varios amigos de que hasta ahora no he tenido ocasion de hablar especialmente, pero que de omitirlos, faltarian sus estrellas á la clara noche de mis recuerdos. Estos amigos son José María Sleidem, el Dr. Rodger, el Capitan Hagen, David Guarin y D. J. Ahumada.

Sleidem es mexicano de nacimiento, y sus recuerdos de la capital y de Mixcoac, matizan agradablemente su conversacion.

Su ocupacion es de comerciante comisionista, tiene su despacho, como suele acontecer, en compañía de un relojero, sin que se rocen ni estorben los giros.

Hijo de aleman, Sleidem posee ese idioma, el inglés, el

frances, y habla con los mismos modismos y la misma sal y pimienta que nosotros. Honradez, instruccion y buen humor, son las divisas del carácter de Sleidem.

En el cálculo más que yankee, con las damas más rendido que mexicano y que frances, y al trabajar y beber le llama la sangre *tedesca* que bulle en sus venas.

Sleidem lo sabe todo. Confecciona una factura en tres trancos, se alista para un baile en un decir Jesus, y en un abrir y cerrar de ojos hace servicios importantes á sus amigos, siempre alegre y siempre dando á entender que le produce contento servirnos.

Sleidem me instruyó en todos los inconvenientes de los trámites que exige el arancel en las copias de las hojas de despachos, juegos de facturas y tanto requisito impuesto, que hacen onerosísima la preparacion de salida de un cargamento mexicano.

En lo familiar, no hay más que decir sino que Sleidem es un excelente amigo y que nada sorprende más, sino ver salir relámpagos de sensibilidad exquisita y de tiernos afectos, de aquella locomotora de cálculos y de negocios.

Sleidem es miembro de varias sociedades y clubs mercantiles, pulsa el piano, bebe alegre y es oportuno en sus acciones y palabras.

Es de advertir, que para hacerse lugar un mexicano entre yankees, se necesita su sal y pimienta, por la codicia de éstos, por el desden con que en general nos miran y el concepto que tienen de nuestra indolencia y orgullo.

De la escuela de Sleidem son Loaeza, Gutte, Lohse, Newman y otros extranjeros y mexicanos, entre quienes tiene nuestra patria generosos apologistas.

El Dr. Rodger es americano, casado con una mexicana de dulcísimo carácter y á quien el doctor adora; seco, medítabundo, frío, á primera vista parece inaccesible.

Pero posee esta singularidad: habiendo vivido en Mazatlan y en otros puntos de México, es ya más mexicano que nosotros y hace el papel de un verdadero desterrado de su país; nuestros defectos le han contagiado, y se han vuelto genuinas y nativas para él nuestras buenas cualidades.

Esto del *monay* y del *bisness* (negocio), lo ahoga y lo hace renegar del mundo americano. Generoso, caritativo y llevando al extremo el desinterés, no se aviene con las especulaciones de los unos, con la charla de los otros, ni con la tominera escuela de los más.

Los médicos tienen sus despachos fuera de sus casas, se encargan de curaciones en casas que sostienen ó improvisan, y todo es negocio.

Por nada de esto entra el doctor, aunque esté reconocido por eminente en su profesion y le ocupe numerosa clientela: él ejerce á la mexicana, y arma con los yankees campaña en que los deja tirrios.

Debajo de la áspera corteza que reviste al hijo de Esculapio, es un verdadero colegial á nuestra usanza, picante, travieso, condescendiente y bueno como él solo.

Escribe español elegantemente, y sus escritos sobre ciencias, á pesar de mi ignorancia, me parecieron de mucho mérito.

Paso, señores! tengo el honor de presentar á vdes. al capitán Hagen: ¿no le ven vdes.? Ahí viene. Es aquel alto, de largos brazos, cabello rubio lacio y una fisonomía pálida, pero franca y generosa.

Hé ahí el marino *pur sang*, dócil y sufrido como un niño, resuelto hasta la temeridad en un caso dado, con aquel sello de *bonhomie* y de pureza que tienen los semblantes, cuando posee el alma la naturalización de la mar.

O se concentra aquel carácter, ó estalla en explosiones de contento; narra fácil, escucha curioso y como en acción, y ríe como quien está acostumbrado á jugar sobre una tabla el albur precioso de la vida.

En los días en que hicimos conocimiento con él, estaba reciente uno de sus naufragios: el buque que mandaba y era de su propiedad, cargaba algodón. Una noche, inesperadamente gritaron: ¡fuego! Decía él y continuaba: "Las bodegas eran los mismos infiernos, y el buque, que era de un gé- nio terrible, pegaba saltos como un desesperado.

"Era fuerza escaparlo todo; por ahí van llevando chiquitos, después viejos. . . . yo decía á mi buque: hombre, espera que se van todos, aquí me tienes. . . . me estaba asando vivo.—Capitan, vd. se va. . . .—Oh! no me va, primero se va la última rata; el buque no quiere, se sume y se sume: ¡pobrecito! ya se está sumiendo. . . . él se va para siempre, yo me va nadando con mis compañeros é queda muy contenta."

Alma hermosa del capitan Hagen, valiente hijo de las olas, á quien el corazón ama, respeta el peligro y admira la amistad.

Franco, enamorado, tierno y sincero como un niño.

El capitan Hagen nos mostraba la bahía como un cazador sus bosques, como una coqueta su tocador; nos explicaba las regatas, hacía justicia á las mejoras de las otras naciones, y era como un viajero singular que había tenido por rutas los mares y por posadas las naciones.

Hagen era nuestro inseparable compañero, y á Lancaster, que mucho le quería, profesaba especial cariño.

David Guarín es un escritor eminente de Bogotá, cultiva la poesía pulsando las delicadas cuerdas de la lira de Beker y de Lamartine, á la vez que Mesonero, Romanos y Santos López Pellegrin, parecen haberle prestado sus privilegiados pinceles.

Soy deudor á David del conocimiento de varios poetas y hombres eminentes de las otras Américas.

La carrera diplomática ha aprovechado en su patria sus talentos, las sociedades literarias han tributado honores á su pluma; pero como sobresale David, es como buen amigo.

No ví jamás corazón más sinceramente modesto. ¡Cómo sabe admirar á sus mismos émulo! ¡cómo desconoce la envidia, mancha y carcoma de los hombres dados á las letras, donde quiera que se habla español!

David no se contentó con ser mi amigo, sino que me procuró conocimiento con periodistas muy entendidos y hombres de verdadero mérito.

Si la naturaleza de este escrito lo permitiese, hablaría de la literatura en las otras Américas; copiaría aquí con verdadero contento las sabrosas letrillas de David, y artículos de costumbres que como *Regaños al corazón*, *La casa nueva*, *Por andar á oscuras*, *Un día de fiesta en San Victorino*, y otros en que abundan los delicados chistes de *Fouy*, la fidelidad de pinturas de *Mesonero* y la intención profunda de *Addison* y de *Figaro*.

¿Quién es ese señor, enjuto de carnes, delgado de cuerpo, modesto y atento, que no se atreve á pasar el quicio de la puerta?

Es el Sr. Ahumada, mexicano, persona cuya dedicacion es servir y atender á los paisanos que llegan á aquella tierra, no solo con gran desinterés, sino gastando de su peculio para cumplir con esos deberes de bondad que él solo se ha impuesto.

Hay en San Francisco, como en todos los Estados- Unidos, un tipo altamente repugnante: el mexicano *ayankado*. Usa bota fuerte, esgrime estupenda navaja, con la que pule y aguza sus uñas, labra palos y se limpia los dientes; habla poco y siempre en inglés, casi se acuesta boca arriba y fija los piés en una mesa, ó un barrote, ó la pared, bebe *wiskey*, masca tabaco, da sendos apretones de mano al primero que le habla y salpica con desvergüenzas desde el saludo, llamándose á los ojos su machucado y desgovernado sombrero.

El reverso de ese tipo es el Sr. Ahumada, siempre mexicano, aunque amigo de muchos americanos apreciables.

El Sr. Ahumada me procuró el conocimiento de M. Hithell, uno de los primeros pobladores de California en la época americana.

M. Hithell despacha en un cuartito de tablas contiguo á una casa de comisiones, calle de Sacramento: es afable, habla bien español, y en su fuerte contestura y en su rostro abierto, campean la inteligencia y la franqueza.

Lo más notable y sesudo que se ha escrito sobre California, se debe á la pluma de M. Hithell.

Yo le mostré mis apuntaciones, y se dignó hacerme delicados cumplimientos.

—Le faltó á vd. algo.

—Mucho me debe faltar, le dije: figúrese vd. que estas

realmente son primeras impresiones, impresiones de dos meses, impresiones á todo vapor.

—Siendo así, es mucho, replicó.

—Yo quería referirme á los primeros pobladores despues de 1848, es decir, de la época del *Negro*.

—Vd. ha pintado las expediciones aisladas y novelescas de la parte de México, y falta pintar lo que sucedía en los Estados del Oeste, padres de California.

—Mucho me agradaría, dije, pero no he podido encontrar los datos que deseo.

Se levantó de su asiento mi cariñoso amigo, revolvió montañas de papeles, y me dijo:

—Aquí tiene vd. mi obra; ha quedado por fortuna un ejemplar: en el prólogo hallará vd. mis impresiones, y serán de un *Blanco*, con lo que se completa vd.

Dí las gracias á M. Hithell y envié mi libro á mi querido amigo F. U., para que lo hojeara y me apuntara lo notable para ahorrarme trabajo.

Mi amigo me volvió el libro á los pocos dias, con anotaciones mejores que las que esperaba, y el extracto que van á conocer mis lectores:

“Mr. Jhon S. Hithell, en el prólogo de la 6.^a edicion de su interesante libro titulado “*Recursos de California*,” hace un bosquejo á grandes rasgos de la historia de este país, en un estilo entusiasta y elegante, con toda la pasion de un americano de los primeros que se establecieron allí, despues de que dejó de pertenecer á México aquel importante territorio.

“Juzga poco probable, así la tradicion de que los aztecas vinieron de aquella costa, como la teoría de que los indios